

## *Amada está lavando o el triunfo sobre la gran miseria\**

---

El transcurso de la vida de una mujer sencilla que deja discurrir sus recuerdos y su ensueños mientras está lavando y siente su vientre —piensa uno en *Un corazón sencillo* de Flaubert— es lo que constituye la dinámica de *Amada está lavando*, breve novela de Luis Fernando Macías, publicada por editorial Alfaguara, Colombia, en su colección Franja Roja (2003). La casa en la que vive, las montañas cercanas, el cielo, las palomas, los edificios, pasan por sus sentidos y se instalan, en ella, la llenan, la mantienen viva y preguntándose por las razones de esa existencia que a pesar de ser difícil —Amada es fea, flaca, coja, tiene un embarazo tras otro— y sin embargo sigue cantando mientras lava interminablemente y en ocasiones recuerda sus pocos instantes felices. “Los días de mi matrimonio pasaban llenos de vida y felicidad. Claro que tenía problemas; pero a mí no me importaban ahora. Cómo no va a ser mejor tener un techo propio donde pasar la noche, comida a las horas de comer y esposo por quien velar y que vele por una...”

Las etapas de la vida se suceden unas a otras en la mente de Amada que sigue lavando mientras en su vientre crece un nuevo hijo, las pequeñas felicidades y tristezas: el matrimonio y luego la muerte de su esposo, la alegría que le dan sus hijos, todos tan diferentes —Doris, Beatriz Elena, Santiago, Samuel, Rafael, Ramiro—, luego quedarse sola, sin nadie a quien esperar, quedarse sin

techo, los niños al orfanato y Amada a vagar en busca de trabajo. Tras un fatigoso periplo es recibida en casa de su hermana, donde duerme sobre costales. Y de nuevo resulta embarazada por un fantasma que la visita cuando su hermana duerme. De ese embarazo nace Diana Cristina.

Hay en Amada algo como una fuerza vital en bruto, una fuerza irreflexiva, una falta de conciencia que la arrastra a disfrutar del instante sin pensar en las consecuencias. Por eso se entrega, se ofrece a quien sea, se llena de hijos, y sigue cantando. Es como una naturaleza feraz, que germina constantemente a medida que pasan las estaciones, y va poblando el mundo con muchachos que se enredarán de alguna manera en la selva citadina para sobrevivir o morir en un proceso que sólo tendrá solución cuando terminen de cerrar los ojos y la avidez de sus vientres.

La pintura del ambiente de los barrios de Medellín, de sus costumbres, su moral, su lucha de generaciones, es certera. No se emite juicio alguno, es la misma realidad la que se autodevela, la que se analiza y critica, la que anuncia lo por venir: “...el aire de nuestra ciudad, de estos barrios llenos de vida, donde la gente permanece en las calles hasta las once o doce de la noche diariamente, como en una fiesta: los muchachos jugando fútbol;

---

\* Luis Fernando Macías, *Amada está lavando*, Alfaguara, Colombia, 2003.

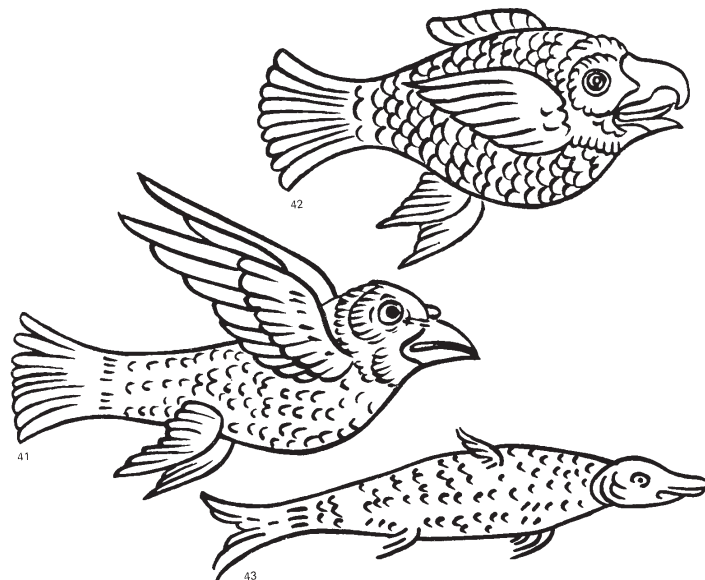
las muchachas viéndolos jugar mientras, vestidas con unos pantalones corticos altos, que casi se les ven las nalgas, van chupando cremas y fumando cigarrillo tras cigarrillo desde los once años; conversando las unas con las otras, pintándose las uñas y los ojos, tiñéndose el pelo de varios colores y corriendo a las heladerías los sábados y los domingos, las muchachas de estos barrios tan lindas, tan jóvenes... Y las viejas hablando de ventana a ventana...”

Este monólogo de Amada lavando, va encontrando su sentido en la mente de la protagonista. Hacia el final medita: “En ningún momento he dejado de cantar, aunque Luis, abajo, me grita que deje la bulla, mientras escribe; pero yo no le paro bolas, y aquí estoy firme; me siento bien, muy

bien, recordando mi vida, es como si no la tuviera sobre mi espalda. Es maravilloso hablar de una misma, sentir que la vida tiene una intención y que por insignificante que parezca, como la mía, tiene un gran valor. Todas las vidas vales más que cualquier cosa, porque son grandes y profundas, aunque no lo parezcan”.

Y este extraño optimismo de Amada, que todo lo ha padecido, halla su recompensa, largamente adivinada, en la posibilidad de alcanzar otro u otros momentos de felicidad, que en realidad llega hacia el final de la obra, que termina siendo un canto a la naturaleza y un triunfo sobre la gran miseria.

*Marco T. Aguilera Garramuño*



21